

rimonio o, mejor, del matrimonio ventajoso, meta exclusiva de la mujer en el sector social consumidor de sus obras. Con referencias concretas a diez de éstas, el autor analiza contenidos tan característicos como el beso, la declaración amorosa, el «status» social de los protagonistas, etcétera.

El mismo sistema se utiliza para estudiar los contenidos de las novelas «de vaqueros» de Lafuente Estefanía, verdadera suma mecánica de acciones violentas, insultos y muertes, sobre la que se yergue la figura del héroe como un superhombre fascista que todo lo soluciona a tiros de revólver.

Esta última parte del trabajo de Díez Borque es, a mi juicio, la más valiosa, por lo que tiene de esclarecedora de una realidad muy concreta, que, pese a su inmediatez, o quizá por ella, ha pasado hasta el momento inadvertida. Las lagunas, de las que no está exenta la obra —y podría citar entre ellas la falta de un estudio histórico de la novela de quiosco, al menos desde la guerra civil—, serán, sin duda, cubiertas por nuevos y más detallados trabajos. Lo importante es que el camino está abierto. ■ J. GONZALEZ YUSTE.

Norman Mailer y la vida política USA

San Jorge es un santo que perdió el calendario: la hazaña de matar al dragón aparece como sumamente dudosa, y la Iglesia decidió borrarle del santoral en una revisión de hace unos años. En la parábola de Norman Mailer, McGovern es San Jorge. Un santo que perdió las elecciones, que no mató al dragón de Nixon, el dragón de la guerra. Nixon es «el padrino»: el mafioso, el hombre que resuelve los problemas con la fuerza, los dis-

paros, los enjuagues (y, finalmente, no los resuelve). Prácticamente, toda la obra literaria y política de Norman Mailer consiste en enfrentarse, con escasos matices, el Bien y el Mal. Mailer cree firmemente en el diablo (1), y la realidad es que, observando el desarrollo de la vida y de las sociedades, una excelente explicación de todo lo inexplicable es una presencia continua de una especie de espíritu maligno.

San Jorge y el Padrino, que ahora se publica en España (2), es un reportaje de las campañas electorales en Estados Unidos, 1972, centrado sobre todo en las Convenciones republicana y demócrata. Es un reportaje, como ya lo hizo en las elecciones anteriores («Miami y el sitio de Chicago», 1968), donde, por una parte, conserva todas las normas clásicas del reportaje político —presencia personal, entrevistas directas con los candidatos, con los testigos, con los personajes secundarios y aun episódicos, relato de ambiente, antecedentes— y, por otra, se salta claramente y deliberadamente la norma de la objetividad: desde el principio toma partido por McGovern —sin dejar de entender todas sus debilidades y sus imposibilidades—; más aún, el libro, publicado en Estados Unidos antes de las elecciones, es una contribución personal de Norman Mailer a la campaña electoral de McGovern.

Naturalmente, este libro sobrepasa su objeto más directo, el de reportaje de unos acontecimientos, para convertirse en una descripción amplia de la vida política en los Estados Unidos. Es apocalíptica. Desde su primera gran novela («Los desnudos y los muertos») hasta estos últimos libros directamente políticos («Presidential Papers», «Vicac en la Luna», «Existencial errands»), esta observación y descripción de la sociedad americana y sus perso-

najes tiene un carácter de testamento. Un mundo, una civilización, un imperio que agoniza: esta es su óptica. Pero Norman Mailer no cree en la agonía de Estados Unidos como imperio, sino como totalidad. Su prosa es dura, acerada, irónica, violenta, desahogada (no todo se conserva en la traducción castellana). El libro tiene una poderosa vibración, y se puede leer con enorme interés. ■ J. A.

- (1) Véase TRIUNFO, número 530, 25-XI-72.
(2) Norman Mailer: *San Jorge y el Padrino*. Traducción de Justo Beramendi. Dopesa. Barcelona, diciembre de 1972.

Manual de convivencia

Topor (1), aparte de constituir uno de los autores fundamentales para el conocimiento de la filosofía del humor negro, es uno de los más originales y elegantes dibujantes europeos. Con él ocurre como con Lewis Carroll: en la misma medida en que el británico deja de ser el autor de un par de narraciones para críos y su discurso trasciende los límites del relato

irreal, este dibujante francés de origen polaco deja de ser un simple humorista para convertirse en un visionario.

La obra de Topor, muy influida por la de El Bosco y Chagall —y por la de un ilustrador de Carroll, del que no recuerdo el nombre—, viene a ser la de un investigador sereno y apacible que elabora teorías insólitas sobre la porción oculta del cerebro y de las relaciones humanas. El universo de Topor es absolutamente homogéneo y coherente, nada en él se sale de madre, pues lo que está fuera es el mismo y propio universo. Una vez instalados en él, asistimos a una sucesión de escenas con su desarrollo y su privado sentido de la lógica. Ante *Mundo Inmundo*, podría hablarse de un tratado del horror insomne al igual que de un manual de urbanidad dictado desde el absurdo.

El padre Stigüenza afirma, en su libro «Las fundaciones de El Escorial», que Felipe II era capaz de leer en un cuadro de El Bosco como ante un libro abierto. Decir algo similar con respecto a los dibujos de Topor quizá re-

sultara exagerado, pero no creo que lo sea señalar que el continuo de sus afirmaciones y conjeturas sustenta una cabal teoría y una aguda panorámica de las relaciones humanas en su aspecto más pavoroso. La «mantis religiosa» se transmuta en una austera ama de casa, que con su cepillo convierte en serrín el cuerpo del caballero al que atiende. En el mismo sentido, en muchacho que asiste a la transformación de una cabelleira en haz de pescaditos, optara por devorarlos, convirtiéndola así, a su vez, en haz de espinas —cosa que resulta, a todas luces, más sofisticada.

De tal manera proporciona el humor de Topor unas claves —no por insidiosas más dignas de desdén—, sugestivas para llevar adelante la monótona cadencia de las normas de convivencia al uso. ■ CH.

- (1) *Mundo Inmundo*. Topor. Biblioteca Universal Planeta. 1972.

«Estudios escénicos»

El Instituto del Teatro de Barcelona ha publicado el número 15 de sus «Estudios escénicos», dirigido por X. Fábregas. La publicación incluye, sustancialmente, un par de trabajos, firmados el primero por Ricardo Domenech, dedicado a catalogar la más reciente bibliografía sobre Valle-Inclán —se trata, en realidad, de un trabajo en equipo, dirigido por Domenech durante su época de profesor de la Escuela de Arte Dramático de Madrid—, y el segundo por el autor José María Rodríguez Méndez, destinado a lo que él califica de ajuste de cuentas consigo mismo, más un importante bloque en torno a la obra de Ramón Vinyes, catalán, con muchos años de vida en Colombia, partidos por su etapa barcelonesa, que acabó en

el 39, y vuelto definitivamente a su tierra, donde murió el 5 de mayo de 1952.

Del trabajo de Domenech y su Seminario habría que decir que está planteado con humildad y rigor, viniendo a ser, además de un instrumento de trabajo para cuantos estudien el tema, un buen testimonio del interés que la obra de don Ramón ha suscitado modernamente entre nosotros. Del texto de Rodríguez Méndez habría mucho que decir. Yo creo que este escritor se encuentra muy explícitamente afectado por el silencio que pesa sobre sus obras, y que no siempre acierta a descubrir las causas. Tiende Rodríguez Méndez a ver en las decisiones y juicios de unas pocas personas, lo que se explica mucho más claramente en una visión global del estado cultural y político del país. Por lo demás, algunas de las cosas que escribi hace unas semanas a propósito de sus «Comentarios impertinentes» tendría que repetirlos ahora. El autor confunde la investigación con el formalismo, viniendo así a caer, utilizando otros argumentos y en nombre de su idea de la verdad, en un inquisitorialismo sobre lo que debe ser entendido por realismo, que tiene bastante de versión castiza del realismo socialista.

En cuanto al bloque dedicado a Ramón Vinyes, constituye prácticamente la presentación de uno de tantos escritores afectados por el transtorno del 39 y «separados» de los procesos culturales del país. El caso de Vinyes es, por otra parte, un tanto particular, pues el escritor había marchado por primera vez a Colombia —donde llegó a tener una de esas librerías cuya «puesta al día» acaba ejerciendo una fuerte influencia cultural— en su infancia, estableciéndose nuevamente en Barcelona tras su matrimonio, en lo que él creía una reinstalación definitiva.

